




CAPÍTULO DÉCIMO-SÉPTIMO

La lucha contra la Revolución

 En el período de mil ochocientos diez y ocho á mil ochocientos veintiu-
no, vemos á la Santa Alianza armada de punta en blanco para com-
batir la causa de la Revolución. No obstante, ni aun en esos años, hay en su
política la uniformidad de miras ni la cohesión en los actos que pudiera creerse,
juzgando por las apariencias. Los soberanos que formaban la formidable liga, que-
rían todos anonadar al común enemigo; pero cada uno intentaba presentarle la batalla á
su hora, en su terreno, en la medida fijada por sus propios intereses. Por esta razón, las
discrepancias, las rivalidades, los celos de las potencias, bien ó mal disimulados durante
la paz, se manifestaron progresivamente en presencia de una agitación general que más
bien parecía destinada á fortalecer en los príncipes el sentimiento de su solidaridad. Estas
tendencias particularistas pudieron observarse hasta en el gobierno que, proclamándose
más resueltamente conservador, recomendaba la unión con más persistencia. Se habrá
comprendido que nos referimos al Austria.

Juzgaba la corte de Viena sumamente peligrosos en todas partes el despertar de las
naciones y el progreso de las ideas liberales; pero donde especialmente estimaba que ur-
gía remediar el mal era en Alemania. No entraba, sin embargo, en sus deseos que otros
gobiernos compartiesen con ella el beneficio de la represión, en un país que consideraba
casi como una extensión de sus dominios y en el que pretendía ejercer preponderancia
exclusiva. No hay para qué decir que, por nada del mundo, hubiese reclamado el concur-

so de Francia. Tampoco le halagaba la idea de la intervención de Rusia, cuya actitud en
otras cuestiones seguía teniéndola sobresaltada. También miraba con recelo á Inglaterra,
temiendo sin duda que, dueña ésta de Hanóver, fuese extendiendo su influencia en los
pueblos germánicos, con detrimento de la que ella ejercía. De buena gana, en fin, y con
mayor motivo, hubiera querido librarse de la concurrencia de Prusia, cuya sorda y per-
sistente rivalidad empezaba á inquietarla. Pero en cuanto á esta última, no le convenía
prescindir de ella. Si el gobierno de Berlín no era asociado á la campaña reaccionaria pro-
yectada por Metternich, podía darse por seguro que se pondría al frente del movimiento
revolucionario, ganando prestigio y popularidad á los ojos de los patriotas alemanes. El
canciller austriaco, pues, renunciando á eludir la competencia de Prusia, había redoblado
sus esfuerzos, durante todo el año mil ochocientos diez y ocho, para convencer al rey Fe-
derico Guillermo de que debía sumar su acción á la del emperador Francisco, á fin de
contener la *barbarie jacobina*.

Como se ha dicho en el capítulo precedente, no se necesitaron muchas instancias para
persuadir al rey Federico, absolutista hasta la médula de los huesos, y aun pudo Metter-
nich triunfar de los escrúpulos de Hardenberg, de modo que, desde la época en que se
celebrara el congreso de Aix-la-Chapelle, el plan de la contrarrevolución alemana había
sido esbozado por el ministro austriaco, de acuerdo con el canciller de Prusia. Así resulta
de dos memorias que Metternich dirigió el catorce de Noviembre á Wittgenstein, después
de haberlas comunicado á Hardenberg. Afirmábase en la primera que el *sistema repre-*
sentativo produciría desastrosos resultados en Prusia, y se aconsejaba al rey que no se
dejara atar las manos, añadiéndose que, para cumplir sus promesas, le sobraba con res-
tablecer las *antiguas instituciones particulares* de las provincias, es decir, crear *Estados*
locales de carácter meramente consultivo, sin sujeción á un modelo uniforme ni lazos entre
sí. En la segunda memoria se atacaba duramente á las universidades, acusándolas de
formar á los jóvenes en la disciplina revolucionaria, como igualmente á las sociedades
gimnásticas, que se calificaba de focos de jacobinismo, y la libertad de imprenta, cuyas
demasías, en sentir del autor del escrito, era tiempo ya de refrenar. Sin embargo, Federi-
co Guillermo, víctima toda su vida de constantes vacilaciones, pareció inclinarse en los
primeros meses de mil ochocientos diez y nueve, á pesar de su predilección por los prin-
cipios autoritarios, á transigir hasta cierto punto con las ideas liberales. Volvió á hablar
con timidez ciertamente, de dar á su pueblo la carta prometida en mil ochocientos quin-
ce, y llamó á Humboldt á su lado, autorizándole para redactar un proyecto de constitu-
ción, cuyas bases fundamentales discutió el insigne hombre de Estado con el no menos
ilustre Stein. El haber aceptado otros soberanos alemanes, según sabemos, el régimen
parlamentario, aunque en su mayoría no fuesen más amantes de él que el propio Federi-
co Guillermo, era la causa determinante de la nueva evolución de este último, que ex-

perimentó el temor de perder todo el crédito en Alemania si, aparentemente siquiera, no se mostraba propicio á hacer también concesiones.

Al tener conocimiento Metternich del cambio operado en las disposiciones del rey de Prusia, le dijo, muy asustado, que su debilidad iba á perderle; pues, condescendiendo, sólo conseguiría proporcionar armas á los revolucionarios alemanes, los cuales no trataban de implantar la monarquía parlamentaria, institución, por otra parte, detestable, sino derribar los tronos, abolir los poderes públicos, destruir las gerarquías é inaugurar en la Alemania unificada el reinado sangriento de la demagogia. Observábase, en efecto, alguna efervescencia en los Estados germánicos, sobre todo, en los del norte y el centro, donde restaurados con prolijidad el absolutismo, el feudalismo y la burocracia, lanzaba insolentes desafíos á los sentimientos modernos. El disgusto y el despecho producidos por la decepción sufrida al ver que no se realizaban las prometidas reformas, engendraron ideas republicanas y revolucionarias. Alejandro Stourdza, joven boyardo valaco, mal avenido con el ruidoso teutonismo de los estudiantes alemanes, escribió y entregó al emperador Alejandro una memoria, pintando con negros colores el espíritu dominante en el país, especialmente en las universidades, y excitando á los monarcas á reprimirlo. De dicho documento, que no se quería que llegase á conocimiento del público, se tiraron únicamente cincuenta ejemplares; pero el *Times* de Londres se hizo de uno de ellos y lo dió á la stampa. Stourdza tuvo que huir para escapar á la venganza de los escolares de Jena, y la lectura de su escrito acabó de exacerbar las pasiones, pasándose de las palabras á los hechos. Refiérese que, en tiempos del gobierno napoleónico, se fundó bajo la dirección del catedrático Snell, de la universidad de Giessen, y del jurisconsulto Hoffman, de Rüdelsheim, una sociedad secreta, para trabajar en pro de la unidad y de Alemania. Disuelta esta sociedad en mil ochocientos quince, de sus restos nació otra entre los estudiantes de Giessen, los cuales, para distinguirse de las demás asociaciones, vestían de negro. El alma de los *negros*, como se les llamó á causa de su traje, era un tal Carlos Follen, mozo dotado de energía, pero soñador y temerario, que se trasladó después á Jena, haciendo nuevos adeptos en esta población. De los *negros* se separó un grupo más radical, cuyos individuos se dieron á sí mismos el nombre de *incondicionales*, y de ellos desprendióse á su vez otra sección, denominada de los *cortadores*. Los afiliados á tales sociedades hablaban de los «tiranos, que habían de aprender á temblar ante los puñales de los estudiantes», y para dar idea de las ilusiones que acariciaban, basta decir que Follen tenía el propósito de proclamar en el que fué campo de batalla de Leipzig, la república germánica, cuya constitución había ya elaborado.

Advirtiéndose que se prestaba poca atención á sus declamaciones, enardecieronse más y más los jóvenes románticos exaltados, hasta que convinieron en asesinar no á ningún tirano, sino á algún satélite ó defensor de los despótas, que estuviese más á su al-

cance. Entre los acérrimos partidarios del absolutismo, descollaba el autor dramático y agente ruso Kotzebue, quien había incurrido en crimen de lesa patriotismo con sus comunicaciones al gobierno moscovita, una de las cuales fué publicada por la *Nemesis*, hoja histórico-literaria del profesor Luden, de Weimar: además, Kotzebue atacaba en su *Semanario político* con sangriento encono á los liberales y sus doctrinas. A los ojos de los patriotas, el célebre escritor, mordaz, inconstante y ligero, era la frivolidad y la liviandad personificadas, el tipo opuesto del carácter alemán ideal. Todo esto hizo que los escolares, fanatizados con las ideas de libertad y tiranicidio, lo eligieran por víctima. Carlos Sand, de imaginación sombría y melancólica y propenso á la locura, se encargó de perpetrar el crimen, que consumó en un acceso de sonambulismo el veintitrés de Marzo de mil ochocientos diez y nueve, en Manheim. Sand quiso suicidarse con el mismo puñal que había cometido el asesinato; mas las heridas que se infirió no fueron mortales. Preso y curado, murió en el patíbulo el veinte de Mayo, habiendo tenido bastante fortaleza para no denunciar á ninguno de sus cómplices. A las pocas semanas se intentó dar otro golpe. Lo decretaron, constituidos en especie de tribunal, el cura Flick, el boticario Löning y un desconocido, que se supone fuese el estudiante Follen. Los pretendidos jueces condenaron á muerte al presidente del gobierno de Nassau, llamado Ibell, y la suerte designó al desconocido para ejecutar la sentencia; pero el boticario se obstinó en ser el autor material del hecho, y así se convino. Ibell, más feliz que Kotzebue, se salvó del atentado: Löning fué arrestado, suicidándose en la cárcel para no correr el riesgo de delatar á sus compañeros.

Estaban los ánimos tan perturbados que, en presencia de estas criminales empresas, la conciencia pública pareció sentir extraña vacilación. En el asunto de Sand, se condenó el crimen por la mayor parte, pero excusóse al delincuente. El profesor de teología de la universidad de Berlín, de Wete, escribió á la madre de Sand una carta, donde se leían estas singulares frases: «La acción ilegal y, según los principios generales, inmoral, ha tenido su raíz en una idea generosa y debe ser mirada como hermoso signo de los tiempos»; y el valiente agitador Görres publicó, en el periódico *La Balanza*, un artículo titulado: «Kotzebue y lo que causó su muerte», en el que dijo que este asesinato era «un aviso del cielo y la consecuencia de no haber satisfecho los gobiernos las aspiraciones más modestas», y concluía con las palabras: «La sangre vertida caerá sobre la cabeza de aquellos que han robado al pueblo el premio de sus esfuerzos y casi la fe en la verdad y en la virtud del género humano». La opinión mostróse aún más favorable al infeliz boticario; las gentes ilustradas y compasivas se condolieron sinceramente de su suerte y no le regatearon sus simpatías: esto sin contar con que los *negros* quisieron pegar fuego por sus cuatro costados á la ciudad de Manheim, donde estaba preso con sus supuestos cómplices, para libertarlos á todos.

Hallábase en Roma Metternich cuando recibió la noticia del asesinato de Kotzebue, y demostró al enterarse la más franca alegría: corazón seco y empedernido, apóstol ciego de la reacción, no consideró la muerte de su correligionario sino desde el punto de vista del partido que esperaba sacar de ella en provecho de sus miras. Así es que el veintitrés de Abril escribía á Gantz: «Es otro golpe de mi buena suerte, que usted tanto admira, poder ahora basar el edificio político en motivos dados por el ducado de Weimar y adornarlo con el ejemplo que me ha facilitado el excelente Sand». En toda la correspondencia del canciller austriaco durante los meses de Abril, Mayo y Junio de mil ochocientos diez y nueve, no se toca más tema que el de ser necesario restituir su tranquilidad á Alemania, haciendo cruda guerra á los elementos revoltosos. Tenía Metternich entre ojos al gran duque de Weimar, por su política expansiva y liberal, y no temió confundirlo con los novadores en las acusaciones y amenazas que fulminaba contra éstos. «Hay que aplicar el hierro hecho ascua al pueblo alemán, para curarle la gangrena que lo corroee»: tales son las palabras que salen de continuo de sus labios ó de su pluma. Ni Catón fué más constante en su *delenda est Carthago*. Al presidente del gabinete de Viena, el conde Ruol, se le dieron órdenes terminantes para que, sin dilación, hiciese adoptar por la Dieta de Francfort medidas instantáneas de rigor en las universidades.

Así comenzó la campaña general contra el liberalismo. Pareció Austria ver de pronto que la Confederación Germánica, tal como estaba organizada, adolecía de graves defectos, y supuso destruidos sus fundamentos por haberse falseado, á su juicio, el artículo trece del acta de ocho de Junio de mil ochocientos quince, al establecer algunos soberanos en sus territorios no juntas provinciales compuestas de los antiguos brazos, sino asambleas representativas, inadecuadas á las costumbres y necesidades de los países alemanes. Buscando, pues, el medio de quebrantar la constitución federativa, presentó el gobierno de Viena en la Dieta la moción siguiente: «Si una ley orgánica, sometida á la Dieta federal, no llegara á obtener la unanimidad de votos exigidos como indispensable en el pacto federal, podrán aplicarla provisionalmente la mayoría de los votantes, si la aceptan». Veníase á anular de esta manera los votos de los soberanos que quedasen en minoría, y comprendiéndolo el representante de Wurtemberg, se opuso con firmeza á que se aprobase la proposición de Austria.

No desanimó este fracaso á Metternich, si bien cambió de táctica, siguiendo el consejo de Gantz. Fué á visitar, á su vuelta de Italia, á Federico Guillermo, que estaba tomando baños en Teplitz, Bohemia, con objeto de exponerle sus proyectos y solicitar su apoyo. El rey de Prusia, aun después de ocurrido el asesinato de Kotzebue, dudó si secundar ó no la política ultra-retrógrada de Metternich; pero en vista del segundo atentado dirigido contra Ibell, entró de lleno en la senda de la represión, y su gobierno suprimió periódicos, destituyó profesores, encarceló á los escritores populares, sujetó las universidades y

las asociaciones á un sistema de feroz vigilancia. Con todo, el canciller austriaco no estaba satisfecho todavía; deseaba que Prusia se convirtiese en mero auxiliar ó instrumento de la política de su país, y para prevenir cualquiera objeción, declaró sin circunloquios á Federico Guillermo que, sino se adhería á los planes del emperador Francisco, éste se hallaba determinado á abandonarle á su suerte, retirándose de la Confederación. «Si Prusia, le dijo, no quiere ser un gobierno digno de este nombre, no tiene más que manifestarlo; si le agrada correr á su perdición, no le conviene á Austria acompañarla; en tal caso, Austria se replegará sobre sí misma, adoptando en interés de su propia salvación, una línea de conducta muy distinta de la que hasta hoy ha observado». Al expresarse en estos términos, ateniase Metternich á instrucciones recibidas de su señor, el cual aun tornó á escribirle al cabo de unos días: «Si no se nos escucha, deberemos aislarnos, y entonces tendremos que proceder como Estado de Austria, según lo requiere el bien de mis súbditos. Tal es la amenaza que podrá usted formular en caso necesario.» No puede saberse si semejantes palabras eran sinceras; mas fuélenlo ó no, produjeron el efecto apetecido. El rey de Prusia, tan traqueteado por la suerte y que tanto temía á la Revolución, espantóse ante la idea de quedar reducido á sus solos recursos para combatirla en Alemania, de modo que, prescindiendo de todo otro orden de consideraciones, se resignó á no ser en algún tiempo sino humilde satélite de su poderoso rival.

Para comprender la conducta de Prusia en los años siguientes, por un período bastante largo, y cómo durante ellos apenas hizo otra cosa que plegarse dócilmente á la voluntad de Austria, hay que remontarse á las entrevistas secretas de Teplitz y al terror causado en el ánimo de Federico Guillermo por las imperiosas conminaciones de Metternich. En tres días, ó sea desde el veintinueve de Julio al primero de Agosto, todo se arregló. El rey de Prusia comprometióse á no establecer en su patria representación parlamentaria general de ninguna clase, y sí únicamente juntas provinciales de los brazos, para formar con delegados de ellas una simple comisión central; y bajo la dirección de Metternich, ambos conferenciantes acordaron el plan de combate, preparándose á imponer su ley á la Confederación Germánica. Al efecto, invitaron á los demás soberanos alemanes á celebrar un Congreso en Carlsbad, Bohemia, para tomar de común acuerdo enérgicas y eficaces medidas, que protegieran á Alemania en general y á cada Estado en particular contra la agitación revolucionaria. El Congreso se reunió el siete de Agosto, con asistencia de los representantes de Austria, Prusia, Baviera, Sajonia, Hanóver, Wurtemberg, Baden y Nassau, disponiéndose allí de los pueblos como de rebaños sumisos y sin voluntad. La Asamblea estuvo reunida hasta el treinta de Agosto, sin que el público se enterara á ciencia cierta de lo deliberado, por celebrarse las sesiones á puerta cerrada y no publicarse las actas de las mismas; pero no tardó en conocerse el resultado final del obscuro conciliábulo, porque Metternich transmitió, con largo preámbulo, á la Dieta de